



Tierno Galván, condenado a ser marxista, aunque no quiera.

del Este; Álvarez insiste ahora en que Tierno querrá aplicar los principios marxistas, "que nadie se llame a engaño"; Joaquín Garrigues denuncia a los socialistas por tener "una bandera socialdemócrata de cara a la opinión pública y otra marxista de cara a sus bases".

SIN dinero, pero también sin identidad, también sin fuerzas, los partidos de izquierda abordan estas elecciones municipales con propaganda prefabricada, con cartelones de imágenes personales, con desgana, con fastidio. Desmoralizados por lo que les pasó en las elecciones del 1 de marzo; aplastados por el complejo de inferioridad que van sufriendo siglos tras siglo.

AUN así, los desheredados les van a votar. Los vecinos sin agua y sin aceras, los periféricos sin caminos, los padres de hijos sin escuela, los pueblos sin electricidad —si el cacique se lo permite—, los que pasan horas al día agotados por un escaso sueño o por una jornada de trabajo agotadora, esperando los medios de transporte o abarrotados en él, los multados por dejar su coche de cualquier manera cuando llega la hora de fichar y no encuentran aparcamiento: les van a votar para que transformen esta sociedad que les asfixia, que no les deja vivir. Las gentes para quienes, probablemente, el abandono del marxismo o del leninismo tiene tan poco sentido, a estas alturas, como la dedicación al marxismo o al leninismo. Porque lo que sienten son problemas vivos en su propia carne.

CON Alcaldías o sin ellas, con muchos o con pocos puestos de concejales, como con minoría en las Cámaras, los que han recibido estos votos, incluso aquellos a quienes los votos ni siquiera les han servido para tener un escaño o un puesto de concejal, tiene la enorme responsabilidad de saber lo que hay tras ellos. Una carga de esperanzas de dignidad, de subsistencia, de libertad, de los que hoy es la izquierda la depositaria. ■

ESPERANDO A GODOT

PERSONALMENTE, tengo confianza en el año 2000. Como todos los de mi generación: vamos a estar fuera. O quizá de tal modo caquéticos que no nos enteraremos de nada. Sería desagradable tener que buscar las gruesas gafas y ajustar bien el sonotone para enterarnos del Segundo Advenimiento mientras preguntamos a nuestro alrededor "¿Qué está pasando ahora?". Quizá la televisión lo transmita, vía satélite y si no hay fallos técnicos.

Hay mucha gente que está preocupada y, sin duda, esperanzada por lo que parece ser una misteriosa profecía de Wojtyła en su primera encíclica —"Redentor hominis"— acerca de algo que pasará en el año 2000. San Agustín, San Jerónimo y otros padres creyeron que esto iba a suceder en el año 1000. Fue lo que se llamó "milenarismo". El nuevo milenarismo, el bimilenarismo puede tener algún arraigo en la fantasía popular a poco que se interpreten las escrituras de Daniel y el Apocalipsis. Los Cuatro Caballeros andan sueltos. Quizá uno de ellos sea Brzezinski, tal vez otro sea el "ayatollah". En el fondo, la bomba nuclear...

Siendo escasamente personal mi preocupación por lo que pueda suceder el año 2000, puedo dedicarla toda entera a sufrir por la posible aparición del Redentor en esa fecha —"aun respetando todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica", como dice la Encíclica—; no sé lo que los hombres pueden hacer con El esta vez. En la paremiología castellana, tan realista, se justifican las desgracias que le suceden al bueno con la frase: "por meterse a Redentor". Lo que le sucedió la primera vez fue espantoso. La naturaleza humana no ha mejorado mucho desde entonces: ha mejorado la descripción de la buena conciencia, la exaltación verbal y escrita de la bondad. Pero las torturas, los campos de concentración, las opresiones psicológicas, las penas de muerte, los castigos corporales son noticias de cada día. Podría ser víctima de la censura, o de la deformación de sus palabras; podría ser encerrado en un calabozo, a nada que perjudicase la distribución del petróleo —si es que queda todavía para esa fecha— o que se manifestase contra la energía nuclear.

Yo veo redentores todos los días. Algunos tienen profundas moraduras por pelotas de goma o por golpes de porra y de cadena; otros son asesinados al salir de sus casas. Algunos no consiguen más que ser candidatos a alcalde, y se quedarán en concejales, lo cual no deja de ser una forma de castigo. Hay pequeños redentores diseminados por el mundo: no suelen tener suerte. Me temo que el gran Redentor, el Único —"uno de los millones y, al mismo tiempo, único" (Encíclica)— va a llevar muy mala vida en este mundo.

Quizá le ayude Amnesty International, quizá haya un manifiesto de intelectuales —laicos, algunos ateos— para salvarle de alguna prisión o de la pena de muerte. Quizá, escarnio de los escarnios, lleguen a darle el Premio Nobel de la Paz, en la misma lista en que ya están Kissinger, Sadat y Begin.

No, yo no querría que viniese. Por él. Querría ser capaz de una oración para convencerle de que no merece la pena. Quizá en otra estrella de otra galaxia este todavía a tiempo. Aquí, por el momento, nos conformamos con el Papa Wojtyła y con el "ayatollah" Jomeini. No merecemos mucho más. ■

POZUELO